

BOLETIN

DE LA

REVISTA IBERO-AMERICANA DE CIENCIAS MÉDICAS

AÑO I

OCTUBRE 1915

NÚMERO 6

SUMARIO

Crónica, por el Dr. García Triviño.—Vapores, por Ico de Tuxento.—Algo sobre la enseñanza médica, por uno que fue estudiante.—Suplicado, por el Dr. S. Carro.—Formulario.—Noticias.—Revista de Academias: Sociedad Dermatológica española.

CRÓNICA

La elección de carrera.

Cuando la masa general de la gente, casi siempre rutinaria y poco observadora, se obstina en mantener falsas tradiciones y falsas leyendas acerca de hechos ó personas determinadas, resulta difícil, y en ocasiones hasta casi imposible, pretender y lograrla disuadir de sus errores, de sus equivocaciones y de sus perjuicios.

Hace ya muchos años que la gente, esa buena gente de las digesiones felices, dió en propalar la absurda nueva de que la carrera de Medicina es la mejor de todas las carreras, el *non plus ultra*, la que más produce y sobre todo la más *socorrida*, como en no menos *socorrida* palabra afirman los papás y las mamás de los bachilleres indecisos, sin que nadie consiga

convencerles de que «no es oro todo lo que reluce», y de que sus exagerados optimismos, sus fantásticas ilusiones y sus desvaríos absurdos corren el serio peligro de terminar á la manera como terminaron los risueños proyectos de la lechera de la fábula.

«¿Militar? ¿Has dicho que con gusto serías militar? ¡De ningún modo!—vocifera la madre, enardecida ante la trágica vision de su hijo acribillado á balazos y moribundo en tierras lejanas, sin su compañía y sin su consuelo.—¡De ningún modo! ¡Pues no faltaba más! ¡Criar un hijo de sus entrañas para que viva sujeto á un sueldo mezquino, aferrado á un escalafón de lentitud desesperante, y que para colmo de desdichas, muera en el campo de batalla cosido á bayonetazos ó dividido en fragmentos minúsculos por la metralla enemiga! ¡No, no y no! ¡Que vayan los hijos de otros!—Y

ante el sublime egoísmo de la madre dolorida, que se deshace en lágrimas y sollozos, el padre se conmueve, hace observaciones, pone reparos, y el bachiller desecha el proyecto, restando quizá con su decisión á la Patria uno de sus más ardientes defensores, uno de sus más firmes baluartes de gloria y uno de sus oficiales más bravos y pundonorosos.

¿Marino? ¡Menos, muchísimo menos! ¡Conque la madre no aceptaba la milicia por peligrosa, y va á transigir con la vida de mar, todavía más accidentada! ¡No, eso no! ¡Siquiera los militares en tiempo de paz están seguros; pero los marinos, en su eterna lucha con los elementos, tienen la vida constantemente jugada! ¡Qué horror! ¡La tempestad, el naufragio, su hijo pasto de los peces! ¡Eso nunca! Y el bachiller, que por su vocación y por sus arreos hubiera sido quizá un marino excelente, acaso un Gravina ó un Churruca, tiene que desistir y pensar en otras carreras más pacíficas y menos peligrosas.

Insinúa la de Leyes. ¿Abogado? Ruge el padre colérico:—¿Pero estás en tu juicio? ¿Acaso ignoras que la gente huye de los pleitos como del demonio, y que dicho retraimiento trae consigo el que un número extraordinario de abogados tenga que renunciar forzosamente al ejercicio de su carrera? ¡No te lo consiento! La única orientación aceptable en

esta carrera es la política, y para eso, hijo mío, hace falta, ó mucho dinero, ó mucho talento, y mejor, si puede ser, las dos cosas reunidas. Nuestra posición no pasa de la categoría de regular; tu inteligencia, como hasta ahora has demostrado, es bastante aceptable; pero de ahí á que sea prodigiosa, media una gran distancia; en la política, pues, fracasarías como han fracasado otros muchos.—Y el molzabete, que quizá en alguna ocasión hubiera ya soñado con ser una gloria del Foro ó un sesudo director de la nave nacional, tiene que renunciar, desaprovechando acaso sus excepcionales aptitudes ó su entusiasta vocación por esa carrera.

—¿Ingeniero? ¿Arquitecto? Hombre, te diré—replica vivamente el padre:—en principio me agradan extraordinariamente esas carreras; son brillantísimas, distinguidas, prestigiosas; pero ¿tienes presente la ardua y penosa labor que supone el ingreso en la Escuela, y la continuación de los estudios en ella una vez ingresado? ¿No temes volverte loco ante el intrincado laberinto de la Trigonometría, el Álgebra superior y el Cálculo infinitesimal, con su balumba de cifras y de problemas? ¿Ignoras que, á pesar de ese colosal esfuerzo, los sueldos, los pícaros sueldos, no corresponden ni con mucho á la enorme labor realizada?—Y la madre, en su eterna obsesión, recuerda con escalofríos de

espanto las minas que se hunden, el terrible *grisú*, los volantes de máquinas que mutilan horriblemente, los bloques de piedra que se desploman, los puentes que se hunden trágicamente en el abismo; y su hijo muerto, y ella loca de remordimiento y de dolor... y el chico, que rehusa á la ingeniería, teniendo tal vez inmejorables condiciones para ser un ingeniero excelente.

—Bueno, pues estudiaré Farmacia, trataré de ser un químico ilustre, un biólogo genial—insinuó tímidamente el muchacho.—¿Farmacéutico? Pero ¿hablas en serio? ¿Sabes lo que dices? ¿Desconoces sin duda que las droguerías y los específicos hundirán irremisiblemente las farmacias, y que los farmacéuticos se verán precisados á implorar una limosna? ¿Te figuras que vamos á consentir nosotros que, pudiéndote ganar muchos miles de duros en otra carrera, te dediques á vender diez céntimos de vaselina ó un real de pastillas de goma, á esa taifa de rompeplatos que por las mañanas invaden las boticas, y que llevan las recetas en la cesta de la compra entre zanahorias, tomates y besugos? ¡De ninguna manera!—Y la proposición queda desechada, aunque el muchacho confie en que por sus particulares aficiones pudiera llegar á ser, en día no lejano, una legítima gloria de la química ó un afortunado descifrador de los enigmas biológicos.

—¿Ciencias? ¿Filosofía y Letras? ¡Insensato pensar en ello! ¡Bonito porvenir: ó profesor de un colegio, ganando 15 duros, ó á lo sumo catedrático de un Instituto de mala muerte, con un sueldo irrisorio. Hay sabios, sí, verdaderamente sabios; pero ya sabes que *la gente* se ríe de los sabios y toma á broma muchas cosas de las que dicen.

¿Cuál carrera queda, pues? ¿La eclesiástica? ¿El Magisterio? ¡Tampoco! ¡De ninguna manera! Esas son carreras de penoso ejercicio y de retribución escasa, llenas de sacrificios, de amarguras, de sinsabores.

—Pues entonces, ¿qué otra carrera queda? ¡Yo no recuerdo ninguna!—exclama amostazado el mozalbete.

—¡Que no recuerdas ninguna otra!—replican al unísono los padres, cambiando entre sí una mirada de inteligencia.—¡Pero estás en tus cabales, muchacho! ¡Si precisamente te has olvidado de la carrera por excelencia, de la de más brillante porvenir, de la más productiva, de la mejor de todas! ¡Medicina!

En esa sí que no hay privaciones ni escaseces, sino al contrario, prestigio y dinero á raudales. Los enfermos existen y existirán siempre, y á los médicos, por tanto, nunca les faltará amplio campo para hacerse ricos.

—Ya ves—dice con tono persuasivo

sivo la mamá, que ha olvidado en esta ocasión los peligros del cólera, la peste y el tifus exantemático;— ahí tienes á nuestro médico, el doctor X, que por cada visita cobra 5 duros y por cada operación 4 ó 5.000 pesetas, y ya ves cómo se lo disputa la clientela distinguida y pudiente. ¡Ya recordarás que hace pocos días éramos 22 personas las que esperábamos en su consulta, y que aquella misma noche nos dijo que tenía que ir á Sevilla á hacer no sé qué arriesgada operación, que seguramente le valdría un dinerall! Claro que tú al principio no ganarás tanto como el Dr. X, pues todo necesita tiempo y constancia; pero en el momento que termines la carrera cobrarás un duro por visita, ¡qué menos que un duro!; y suponiendo que no tengas más que diez enfermos diarios, ¡habiendo tantísimos enfermos!, tienes resuelto el problema de ganar la bonita suma de 10 duros diarios á los veintidós años de edad, sin ningún sobresalto y con poco esfuerzo. ¡En qué carrera se ganan diariamente 40 duros á los veintidós años!

Y, naturalmente, que eso al principio, pues estudiando y trabajando un poco, puedes llegar á ser un cirujano de fama, un internista de prestigio, un Dr. X, por ejemplo, y entonces, ¡ancha es Castilla! Casa lujosa, automóvil magnífico, criados á discreción, honores á granel, cruces, títulos mobiliarios... ¡el delirio!

—Pero es que mi vocación no es esa, papá.

—Nada, nada; ya te irás aficionando y enamorando de esos estudios á medida que ahondes en ellos... ¡Qué sabes tú de esas cosas!

Y aquel muchacho, que hubiera sido quizá un militar bizarro, un marino excelente, un abogado famoso, un químico genial ó un ingeniero ilustre, tiene que estudiar Medicina, impulsado por los errores y equivocaciones del vulgo, que le obliga á estudiar una carrera contraria á sus aptitudes, á sus condiciones, á sus entusiasmos y á su vocación, para que luego, al terminarla, sea un médico adocenado, uno de tantos de la «masa gris», uno de los numerosos parias de la Medicina, que, vencidos y desalentados, arrastran una vida miserable en villorios de mala muerte ó en Sociedades pseudobeneficas, donde son villanamente explotados por ruñanes desaprensivos.

DR. GARCÍA TRIVIÑO

VAPULEOS...

Las palabras son como las hojas: cuando abundan, poco fruto hay entre ellas.—Pope.

Sí, señor; hay que ser breves en todos los actos de la vida.

La brevedad es el alma del in-

genio, lo mismo que el alma de los pueblos va trazada en breves proverbios.

Breve es la oración, breve el epigrama, breve el pie de la primera novia; *brevis, brevis*, por donde empezamos á *declinar*.

Sed breves en vuestros escritos y en vuestras peroratas académicas, si no queréis que el lector pronuncie malhumorado: «¡Qué tío más latoso!», ó el auditorio tosa, arrastre los pies y se mueva en el asiento con marcadas muestras de impaciencia.

¿Por qué nos dais, queridos colegas que tratáis de escalar la gloria, esos artículos tan largos y estrechos, que para leerlos de un tirón tardamos más que un viaje de aquí á La Coruña? ¿Ignoráis, acaso, que los siete sabios de Grecia consiguieron la fama en una máxima de tres ó cuatro palabras? ¿Que en unas sentencias resumieron toda su filosofía Solón, Quilón, Pitaco, Bías, Periandro, Cleóbulo y Tales? Pero vosotros sois otros tales. Algunos tenéis madera de sabios; mas sois tan latos al escribir, que ni con ello dais pruebas de sabiduría ni encontraréis mortal que os conceda ese honor; porque al llega hasta el final de un artículo vuestro, cae desvanecido para no levantarse más.

Decía Spothey: «Si quieres conmover, sé breve, porque las palabras son como los rayos solares:

cuanto más concentrados, más quemán.»

Ciertamente. Para producir efecto, hay que ser rápido, conciso, terminante.

Mirad esas hojas volanderas de los diarios cómo reflejan las impresiones del día en una sola cuartilla; cómo brevemente comentan el crimen de la mañana, la estocada de la tarde, el estreno de la noche y la odisea de una media noche en cuatro frases, tan irónicas y tan fugaces como una visita vuestra ó un panecillo largo de los de ahora.

Leed los discursos políticos; cómo han perdido las dimensiones *epidri-guassampedrescas*.

Observad cómo se bebe á las puertas de los bares, de pie, ante el mostrador, un chato y una cañita, muy breves, sin pérdida de tiempo, velozmente.

Contemplad un momento el tráfago de una calle madrileña; cómo hasta los guardias vuelven la esquina con más ligereza que antes.

Pensad un poco en la vida, y veréis que hasta ésta es breve.

Indudablemente, la brevedad es la característica del actual vivir.

Por eso sufro con torturas de cólico hepático cuando veo sobre la mesa de mi despacho un discurso inaugural vuestro, una tesis de doctorado de un tiernecito colega ó una comunicación de un maduro compañero; el discurso, la tesis y la comunicación son tres grandes

obras. No me cabe duda. Y por eso, porque son tan *grandes*, no puedo con ellas y no las leo.

Y es que los médicos españoles no son concisos en sus escritos. Divagan mucho, aletean con parsimonia; vuelan torpemente de un lado para otro con unas alas que quizás lleven plomo en vez de plumas tenues y ligeras; y lo que hace falta para escribir son plumas.

Y al hablar son lo mismo. Cuando se yerguen en los sitios académicos, me acuerdo de la frase de Gracián: «Los hechos son machos y las palabras hembras»; prodigan tanto éstas y escatiman de tal modo aquéllos, que parecen esos campos de discusión campos estériles, donde sólo se escucha el desgañitar de las hembras porque... falta el macho. Palabras y más palabras. Y la palabra fluye á borbotones, sempiterna, con la misma monotonía y el mismo ritmo adormecedor que el caño gordo de la Moncloa.

«Sea usted lo más breve posible», se lee en un cartelito que un editor barcelonés tiene sobre su mesa de trabajo. La misma advertencia aparece en algunos establecimientos norteamericanos. ¿Se fijará algún día en la puerta de nuestras Academias? Falta hace, porque la brevedad economiza tiempo, y el tiempo es un dinero que no se debe malgastar. (Esto lo ha dicho ó Shakespearé ó un tío mío, clarinete de la Municipal.)

¿Conocéis el sucedido que refiere Marden en su libro *¡Siempre adelante!*?

Un estudiante persiste parado una hora ante el escaparate de la librería de Benjamín Franklin; por fin se decide, y entra en el establecimiento.

—¿Cuánto vale este libro?

—Un dólar.

—¿No puede ser menos?

—Vale un dólar.

—Nuestro hombre queda un momento pensativo, y vuelve á preguntar:

—Y el amo, el Sr. Franklin, ¿está?

—Sí, señor; pero está muy ocupado.

—Desearía verle.

Tanto insiste, que sale el dueño.

—Sr. Franklin, ¿cuál es el último precio de este libro?

—Dólar y cuarto.

—¡Pero si el dependiente me acaba de pedir tan sólo un dólar!

—Verdad; pero eso era antes, y ahora he tenido que dejar mi trabajo para hablar con usted.

—Bien; pero dígame el último precio.

—Dólar y medio.

—¿Cómo! ¿No ha dicho usted...?

—Tiene usted razón. Y el tiempo que he perdido, ¿no vale el medio dólar?

Dejó silenciosamente las monedas sobre el mostrador, y salió de la tienda con el libro y con la provechosa lección recibida.

Que la aprendan también los pelmazos de nuestras Revistas y Academias.

IGO DE TARENTO

ALGO SOBRE LA ENSEÑANZA MÉDICA

Hacia siete años que no pisaba el vetusto edificio de San Carlos, cuando una mañana de los últimos días de Mayo, en plena efervescencia de los tan temidos exámenes, di, como suele decirse, con mis huesos (y con todo cuanto éstos rellenan, siquiera sea poco por lo que al relleno del cráneo se refiere), en los pasillos de nuestra Facultad de Medicina. En numerosos corrillos se comentaba las incidencias que la prueba de fin de curso trae consigo. Sucede que, el caballo de batalla, en éstos casos, radica en la parte teórica, generalmente, y, por consiguiente, el factor *memoria* desempeña un papel importante, que, unido al factor *suerte* y al *rasero* con que mida el profesor de la asignatura, se forma el trípode, sobre el que descansa la calificación del examinando.

Quién, se lamentaba de su poca suerte en los temas que le correspondieron; otro, de haber omitido detalles importantes, de los que se olvidó en el preciso momento del examen. Y de los catedráticos, ¿qué se decía? A los que tenían el cri-

terio cerrado de aprobar solamente nada más que á quien se diera cuenta perfecta de la asignatura, se les dice: *un hueso de la Facultad*. Al benévolo, *una buena persona*. El ambiente, pues, que allí se respiraba, más que de saber, era de *color*.

Penetré en varias cátedras, y el concepto que los ejercicios de los alumnos me sugirieron, en general, fué el de «exámenes de defensa»; esto es, que el actuante ponía de manifiesto sus conclimientos, cuando el catedrático simplificaba las preguntas en tal forma, que la contestación no se hacía esperar por modestos que aquéllos fueran.

Exámenes de ataque, aquellos en que el alumno, sin esperar la intervención del examinador, exponía con claridad su lección; y si éste intervenía, respondía aquél con conocimiento y dominio; estos exámenes, repito, no se prodigaron mucho, fueron contados.

Como resumen de lo dicho, hay que convenir que, por las razones que fueron—yo no tengo por qué saberlas y menos decir las (allá los que manejan ese *maremágnum* de leyes sobre enseñanza),—se sale de las aulas con muy pocas armas para el ejercicio de la carrera médica.

No quiero dejar de consignar, aunque de todo el cuerpo médico es sabido, que la competencia y maestría del claustro de la Facul-

dad de Medicina es completa y absoluta.

Teniendo, pues, en cuenta la no abundancia de conocimientos del alumno, está fuera de duda que todo lo que sea imponerle en el conocimiento de todos aquellos casos en los que la gravedad de las lesiones no da tiempo á consultar libros ni opiniones, esto es, lo que se llama Medicina y Cirugía de urgencia, será, digo, de verdadero provecho para el futuro facultativo.

Sabido es que en los casos de urgencia, la rápida y oportuna intervención del médico puede salvar la vida de un semejante: un ataque de uremia, edema agudo del pulmón, dilatación aguda del corazón derecho, envenenamientos é intoxicaciones, etc., por lo que á la Medicina se refiere. Reducción de fracturas y luxaciones, primeros cuidados que á estas lesiones corresponden. La traqueotomía, como indicación salvadora en diversas afecciones de la parte alta del aparato respiratorio, hernias estranguladas, uretrotomía, en varias ocasiones de retención urinosa, etc.

Partos distócicos, metrorragias, hemorragias postpartum, etc., por lo que á la Cirugía y Tocología corresponden.

Que esto se estudia en la carrera, ¿quién lo duda? Y que estas intervenciones se verifican en el cadáver..., conformes. Pero nadie ne-

gará que en estos casos el diagnóstico tiene que ser rápido, y la terapéutica inmediata; no tiene que haber dudas ni vacilaciones, y el que se vea por primera vez ante un caso de urgencia, tendrá, sin duda alguna, muchísima mayor dificultad para el diagnóstico y terapéutica que el que haya presenciado antes otro de esa índole. Se estudia, sí, teóricamente esto, pero se ve muy poco prácticamente en la Facultad. ¿Y cómo se logra que los alumnos salgan con práctica de la medicina y cirugía de urgencia? Distribuyendo los de último año, por grupos de tres ó cuatro, por todas las Casas de Socorro (con la venia del Ayuntamiento), en las horas de la tarde, en que no tienen que asistir á las clases. De este modo presenciarían muchos casos y tratamientos, que á los servirían de mucho cuando al año siguiente fuesen llamados urgentemente como facultativos, y en los primeros pasos de su carrera, en que todas son dificultades.

Con esto, y con que en los ejercicios de licenciatura se les añadiera un cuestionario con todo lo referente á medicina y cirugía de urgencia, al que tenían que contestar como pregunta previa, antes de pasar adelante, se hacía en la enseñanza una reforma que, á mi juicio, sería provechosa.

Estas ligeras reflexiones se me ocurrieron aquella mañana del mes

de Mayo en que fui á San Carlos á recordar tiempos pasados. Y tal cual las imaginé, así las escribo.

UNO QUE FUE ESTUDIANTE

SUPPLICADO

Sr. Dr. D. Antonio Mut.

Mi distinguido amigo y compañero: Con fecha 4 de Septiembre último remití á D. José Eleizegui, Director de *España Médica*, una carta, rogándole la reproducción de mi artículo de contestación al doctor Pulido, inserto en nuestro *Boletín*.

El Dr. Eleizegui, que reprodujo los artículos publicados por el Dr. Pulido en *El Siglo Médico*—no sé si espontáneamente ó por indicación amistosa,—en alguno de los cuales se ofendía al Profesorado del Instituto Rubio, no tuvo á bien acoger en su Revista mi artículo de defensa, á pesar de su brevedad y corrección, y de que no iba encaminado á suscitar discusión ni polémica, sino á rectificar conceptos y frases ofensivas empleadas por el Dr. Pulido.

Es muy de lamentar que el Director de *España Médica* lleve su parcialidad y apasionamiento hasta el extremo de no consentir que unos compañeros ofendidos se defiendan en las columnas de la misma publicación que dió asilo á las ofensas.

Si el Dr. Eleizegui cree que ese es el camino para mantener el prestigio de una publicación, allá él. Nosotros queremos registrar públicamente este hecho, para cuando convenga juzgar de la independencia é imparcialidad que informan á alguna de las publicaciones médicas.

Le agradeceré inserte esta carta en el *Boletín*, anticipándole por ello muy expresivas gracias, y quedando, como siempre, de usted atento amigo, s. s., q. l. e. l. m.,

DR. S. CARRO.

FORMULARIO MÉDICO MODERNO

Tratamiento de la leucorrea.

El Dr. Dalché, en el *Journal de Médecine Interne*, aconseja, en la leucorrea de forma catarral no venérea, las irrigaciones de un cocimiento de eucalipto (10 á 20 gramos) en un litro de agua, al que añade cuatro gramos de bicarbonato de sosa. Robin prescribe XXX gotas de laudano y V á X gotas de extracto de Saturno, ó una ó dos cucharadas de las de café, de tanino, por litro de agua.

Si el flujo es persistente, puede emplearse una pequeña bujía ó un supositorio á base de yodoformo ó de iotol, ó un tapón de algodón impregnado en el siguiente líquido:

D.^o
Glicerina 100 gramos.
Ácido láctico... 3 "

La bujía de iotol es de manejo más cómodo. Se retiene por la noche, aten-

do eliminada á la mañana siguiente con un lavado.

También es aceptable la mezcla siguiente:

D.^o
Almidón..... 20 gramos.
Salol.....
Subnitrato de a. a. 5 "
bismuto.....)

El autor suele emplear:

Polvo de ortoformo.... } á partes
— de diyoformo.... } iguales.
— de talco.....)

El ortoformo tiene las mismas propiedades que el yodoformo, pero su empleo supera á éste en la práctica, por no tener el penetrante olor del se gundo.

Si es debido á una bulbo-vaginitis gonocócica, se ordenará reposo en cama, baños de asiento, emolientes. Dolché utiliza:

Hojas de belladona... }
— de hierba mora... } a. a. 30 gramos.
— de beleño.....)

Se puede utilizar en inyecciones ó para el baño, con propiedades sedantes.

Contra el prurito vulvar puede ensayarse:

D.^o
Mentol..... 0,05 gramos.
Guayacol. 0,50 "
Óxido de cinc.. 10 "
Vaselina..... 80 "
H. s. a. pomada.

Aplicándola dos veces al día sobre la vulva, periné y al ano, se calma fácilmente. No deben usarse al mismo tiempo irrigaciones de sublimado, pues con el óxido de cinc de la pomada se forma cloruro de cinc, que es cáustico, y determina quemaduras muy dolorosas.

—:—

Contra el mareo de los buques.

Inmovilidad en cama, vendaje del estómago, tomar cada media hora al principio y cada hora después, una cucharada de la poción siguiente:

D.^o
Clorhidrato de morfina. 0,10 gramos.
— de cocatua. 0,10 "
Cloroformo..... V gotas.
Agua destilada..... 100 gramos.

Ó esta otra fórmula:

Cloralamido ... 2 gramos.
Bromuro de potasio.... 2 "
Agua cloroformada.... 10 "
Tintura de corteza de naranjas..... 15 "
Agua destilada, c. s. para 180 c. c.

Poción á tomar á cucharada de sopa de media en media hora.

—:—

Tratamiento de la bronconeumonía en la infancia.

Marfán, ilustre pediatra, ha dibujado con mano maestra, digna de su nombre, un estudio minucioso y práctico sobre este asunto en el *Journal de Praticiens*, que juzgamos conveniente bosquejar.

Divide su trabajo en dos grupos: «Prescripciones comunes á todos los casos de bronconeumonía», y otro en el que se ocupa del «Tratamiento de las diferentes formas clínicas.»

I

Prescripciones comunes á todos los casos de bronconeumonía.

La habitación del enfermo debe ser espaciosa, ventilada y bañada por el sol. Es útil este último elemento, no sólo por su acción bienhechora estimulante de los actos nutritivos, sino que

también por buscar su efecto microbicida.

La temperatura debe oscilar de 16 á 18° durante el día, y no ser inferior á 13° en la noche.

Será fácil la ventilación de la habitación del paciente. Es necesario abrir las ventanas de vez en cuando para que penetre aire puro; así cumpliendo el principio de Peter, que aseguraba que los enfriamientos no nos vienen por el aire que respiramos, sino por enfriamiento de la piel. Así no habrá inconveniente en dejar abiertas las ventanas veinte ó treinta minutos, si el niño está abrigado con las ropas de su cama.

El aire puro enrojece la sangre, estimula el corazón, calma los nervios, se opone á la toxemia y á la asfixia. Es superior este método, dice Marfán, á embalsamar el aire de la habitación con vapores balsámicos de eucalipto ú otras sustancias aromáticas, que no hacen más que impurificarle.

Debe evitarse la congestión de las bases, cambiando á menudo de decúbito ó pasearle en brazos.

Teniendo presente que la bronconeumonía es un proceso á menudo descendente, examinaremos las vías respiratorias más altas para practicar la desinfección de la nariz ó nasofaringe, que pueden ser punto de partida para la afección.

Marfán aconseja el aceite eucaliptado en la forma siguiente:

D.
Eucaliptol..... 1 gramo.
Aceite de vaselina..... 60 gramos.

Esta fórmula es ventajosa al aceite mentolado, de acción irritante, y que puede producir accesos de sofocación.

Se aplicará instilando unas gotas en ambas fosas nasales, bien con una jeringa, pera, cuentagotas ó cucharilla,

ó con un algodón impregnado, y procurando que el líquido descienda á la rinofaringe.

Si el catarro nasal es francamente supurado, emplearemos una solución acuosa de colargol al centésimo.

Estas instilaciones se harán dos veces al día.

Si tiene estomatitis ó gingivitis, hay que quitar los grumos de leche y limpiar la boca con agua oxigenada al décimo.

Si no hay trastornos digestivos, se alimentará con agua azucarada y leche, á partes iguales.

II

Tratamiento de las diferentes formas clínicas.

Las indicaciones esenciales son las mismas para todas ellas: revulsión, expectorantes, estimulantes.

Los antiamoniacales deben desecharse por su acción deprimente; la ipecacuana se reserva para las formas benignas.

Marfán afirma que para que la revulsión sea útil, debe producir una vasodilatación rápida y considerable, así modificando la circulación de las vísceras profundas, descongestionando por derivación mecánica.

Admite cuatro formas de bronconeumonía:

a) En la forma aguda deben emplearse los baños calientes, desechando el sinapizado. Se administrarán á 38°, en cuanto la temperatura alcance 39°, de seis á ocho minutos de duración. Al sacarle se le friccionará suavemente, envolviéndole en manta, aplicándole su ropa caliente cuando la reacción se haya sostenido.

Si hay contraindicación, pueden sustituirse por sábanas húmedas á 25° y exprimidas, que cubran todo el tronco,

soportadas por espacio de una hora y renovadas con frecuencia.

Debe suprimirse de la medicación expectorante el Kermes y los antimonioales dichos, y hasta la Ipecacuana.

Será útil la siguiente fórmula:

D.*		
Ergotina.....	1	gramos.
Sulfato de estriénina.....	0,006	"
Agua destilada.....	60	"
Julepe gomoso, c. s. para.....	20	"

Dosis: Niños de menos de seis meses, una cucharadita de las de café, mañana y noche. Niños de seis meses á un año, tres cucharaditas al día. Niños de uno á dos años, cuatro cucharaditas al día. Niños de más de dos años, cinco cucharaditas al día.

Si hay diarrea, añádanse 30 gramos de jarabe de diacodión. Si no cede, sustitúyase la anterior fórmula por la que sigue:

Acetato amónico.....	1,50	gramos.
Tintura de canela.....	1	"
Infusión de café.....	30	"
Jarabe de quina.....	60	"

Para tomar cuatro á seis cucharaditas al día en cualquier edad.

Si la bronconeumonía es debida al bacilo de Loeffler, se empleará el suero antidiftérico. Si es de naturaleza gripal, se darán fricciones con:

Colargol.....	3	gramos.
Lanolina.....	} a. a. 10	"
Vaselina.....		

En la convalecencia se usará una poción de:

Terpina.....	0,30	gramos.
Benzoato de sosa.....	0,60	"
Julepe gomoso.....	60	"

De dos á cuatro cucharaditas al día. Revulsionar el tórax frecuentemente con la mixtura de:

Esencia trementina... }
Aceite alcanforado... } a. a. 70 gramos.

b) *Forma sobreaguda.*—Además de los baños calientes, prescribiremos tres ó cuatro baños sinapizados diarios, de seis á ocho minutos de duración.

Hay que ensayar la medicación estimulante y tónico-cardíaca:

Aceite de olivas.....	8	c. c.
Eter sulfúrico.....	2	"
Alcanfor.....	0,50	gramos.
Guayacol cristalizado.....	1	"

Cada centímetro cúbico contiene cinco centigramos de alcanfor y 10 centigramos de guayacol.

Dosis: Desde el nacimiento hasta los seis meses, $\frac{1}{4}$ de c. c.; de seis meses á dos años, $\frac{1}{2}$ c. c.; después de los dos años, un c. c. Dos inyecciones diarias á lo más.

También:

Citrato de cafeína... ..	0,50	gramos.
Agua destilada.....	10	c. c.

Inhalaciones de oxígeno.

c) *Forma subaguda.*—Si la temperatura es superior á 39°, baño caliente; si oscila entre 38° y 39°, compresas mojadas; entre 37° y 38°, estaplasmas sinapizadas. Poción con estriénina y ergotina, y si hay diarrea con acetato amónico.

d) *Bronconeumonía latente.*—Vigilar la alimentación, ventilar la habitación, cambiar el decúbito, baños calientes sinapizados dos veces al día, seguidos de una fricción alcohólica. Inyección de suero cafeinado hipotónico.

Estas son las reglas dictadas por Marfan, y que creemos útiles para el médico práctico.

NOTICIAS

El Dr. Ehrlich.—La Biología y la Medicina acaban de perder, con la muerte del Dr. Ehrlich, á uno de sus más sabios y fecundos investigadores.

Este ilustre hombre de ciencia, gloria de la Medicina alemana, había consagrado toda su actividad y su talento al estudio de nuevos medios terapéuticos que oponer al desarrollo de enfermedades tan terribles para la Humanidad como el cáncer y tumores malignos, la lúe ó «*sifilosis*», la enfermedad del sueño y otras infecciones consideradas como incurables.

Pablo Ehrlich, que nació en Strehlec, el 14 de Marzo de 1854, era ya, á los veinticuatro años de edad, después de haber cursado brillantemente en Breslau, Friburgo, Estrasburgo y Leipzig, ayudante de Clínica médica en la Facultad de Medicina de Berlín, y poco después, en 1881, profesor auxiliar.

En 1896 se hallaba Ehrlich al frente del Instituto Serológico de Berlín. Cuando, en 1899, se creó en Francfort-der-Mein el Instituto de Terapéutica experimental, fué destinado el Dr. Ehrlich á dirigirle, brindándole el Estado con los poderosos medios de investigación y experimentación, que en sus manos habían de producir tantas y tan brillantes conquistas para la Medicina.

Desde entonces perseguía Ehrlich sus estudios con verdadera pasión, secundado por el japonés Dr. Hata y por un plantel de químicos y médicos eminentes que, siguiendo las instrucciones del maestro, obtenían y ensayaban en animales nuevos productos químicos, hasta obtener aquellos que producían el resultado terapéutico apetecido.

Fué así como, ensayando sustancias químicas, llegó el Dr. Ehrlich á un compuesto arsenical, que hacía el número 606 de la serie investigada, de intensa eficacia en el tratamiento de la lúe producida experimentalmente en el mono, y que, inyectado en el hombre víctima de tan grave infección, confirmó sus brillantes virtudes curativas. Es el célebre «*Salvarsán*», «*Arsenobenzol*» ó «*606*», que tan apasionadas discusiones científicas sigue inspirando, y que valió al Dr. Ehrlich universal renombre.

Pero antes de haber dado á conocer su descubrimiento del «*606*», recientemente ya había llevado á cabo, con su incansable colaborador Dr. Hata, interesantísimos estudios de quimioterapia experimental. Consecuencia de ellos fué el hallazgo de otro producto arsenical, el «*Atoxil*», agente curativo de la «*tripanosemia humana*», ó «*enfermedad del sueño*», gravísima dolencia que ataca á los individuos de raza negra, y que se halla bas-

tante extendida entre los pobladores de nuestras posesiones del golfo de Guinea.

Pocas son las ramas de la Medicina que no deban alguna contribución al Dr. Ehrlich. Hizo importantes estudios acerca del tejido sanguíneo, descubriendo las células «cebadas» ó «mastzellen» que llevan su nombre; descubrió en la orina una reacción importante, denominada «diazorreacción de Ehrlich»; practicó en ratones brillantísimas experiencias de inoculación y tratamiento de los tumores malignos, y realizó tantas y tantas otras investigaciones llamadas á servir de base á nuevas conquistas científicas.

Destaca entre tantos trabajos su inspirada doctrina de la «inmunidad», universalmente aceptada, y que ha contribuído de un modo poderoso á los progresos de la seroterapia.

El Dr. Ehrlich deja publicadas más de veinte obras importantes y un número considerable de folletos, comunicaciones y artículos médicos.

Por tan fecunda y genial producción fué premiado Ehrlich, en 1908, con el premio Nobel, que compartió con el ilustre sabio francés Dr. Metchnikoff, jefe del Instituto Pasteur. Obtuvo condecoraciones preciadas, entre ellas la gran cruz de Alfonso XII, y pertenecía á las más renombradas Aca-

demias y corporaciones científicas.

Con la muerte del Dr. Ehrlich desaparece una de las más grandes figuras de la ciencia. La Medicina esperaba mucho aún de este investigador tenaz, cuya vida, ejemplo de constancia, virtud y abnegación debe dejar entre los hombres un recuerdo de imperecedera gratitud.

DR. SANTIAGO CARRO.

1 Septiembre 1915.

* *

El caso del Dr. Ballesteros.— La intervención de D. Salvador Ballesteros en la organización de varios homenajes y actos oficiales del Cuerpo de Médicos forenses ha motivado una campaña de tal índole, que no podemos presenciar impasibles esta polémica, que deshonra y desprestigia á una parte de la Prensa médica, por el ambiente y modo como aquélla se desenvuelve.

Se formulan contra el Sr. Ballesteros cargos gravísimos que, de confirmarse, le incapacitarían para seguir abrogándose la representación de los médicos forenses. Los periódicos que le son afectos, en vez de una defensa correcta y mesurada, contestan con frases y conceptos de una vehemencia tal, que casi bordean la injuria, contribuyendo en todo caso á aumentar el grado de apasionamiento con que se discute la conducta del Sr. Ballesteros.

Nosotros creemos, como algunos

colegas, que es ya hora de que la conducta del Sr. Ballesteros sea juzgada por un tribunal de honor, formado por compañeros prestigiosos é independientes, y que su fallo sirva para definir si aquél ha procedido de modo correcto y honorable, ó depurar las responsabilidades que pudieran derivarse de una gestión poco escrupulosa.

Esto nos parece lo más acertado, por el prestigio de la clase y por el del propio Dr. Ballesteros.

Tenemos el sentimiento de comunicar á nuestros lectores el fallecimiento del Dr. D. José I. Celler y Ortega, fundador y director de *La Medicina Práctica*, de San Fernando (Cádiz). Lamentamos profundamente la pérdida de tan digno y estimado compañero.

REVISTA DE ACADEMIAS

Sociedad Dermatológica Española.

La piodermitis tratada por el permanganato potásico.—El doctor Azúa ensalza este tratamiento, que puede emplearse, bien en forma de fomentos (disolución al 1 por 4.000), bien como baños (de 20 á 50 gramos en cada baño). Este procedimiento es fácil de emplear y, además, económico.

Dos casos de erisipela, tratados

por el carbonato amónico, con éxito satisfactorio.—El Dr. Sáinz de Aja dice que en dos casos de erisipela facial grave empleó el carbonato amónico al 4 por 1.000, obteniendo con su empleo una curación pronta. De la solución daba una cucharada cada dos horas.

Los Dres. Portilla y Cebrián son también partidarios del empleo del carbonato amónico en la erisipela.

Dermitis de Dühring.—El Dr. Cebrián habla de un caso de dermatitis de esta índole, que fué diagnosticado por algunos como sífilis. Las lesiones radican en el dorso y palma de las manos y en los pies; la forma era polimorfa, y su patogenia desconocida. El tratamiento mejor es por el linimento oleocalcáreo.

El mismo Dr. Cebrián expone dos casos de psoriasis curada por el enesol. En uno de ellos empleó veinte inyecciones de enesol, y en el otro veintidós de tres centigramos.

El Dr. Gimeno se muestra partidario del empleo de la autoseroterapia en estos casos; la dosis es de 5 c. c., en inyección intravenosa, cada diez días.

El Dr. Azúa dice que el enesol no le ha dado resultados. Lo más acertado es emplear el arsénico en más cantidad.

Micosis fungoide.—El Dr. Covisa presenta un caso típico de esta clase de lesión, habiendo calmado el molesto prurito que la caracteriza con baños calientes. Después em-

pleará la radioterapia, que es el mejor tratamiento.

La pasta de Dohi.—El Dr. Sáinz de Aja explica la composición de este preparado, consistente en una parte de alquitrán de hulla lava-

do; azufre y óxido de cinc otra parte, y resorcina tres. El empleo de esta pasta en las dermatosis, por aplicación local, da muy buenos resultados.

M. CRESCO

AVISO

Se ha puesto á la venta el volumen I de la obra *Anales del Instituto Rubio*. Contiene todas las Conferencias que se han pronunciado en dicho Instituto durante el curso de 1914 á 1915, y los resúmenes de los trabajos de los Dispensarios en el mismo ejercicio.

Se vende, al precio de 10 pesetas, en la Administración de esta Revista, Lagasca, 57, principal.

REVISTA IBERO-AMERICANA

DE

CIENCIAS MÉDICAS

Redacción y Administración: Lagasca, 57 mod.º, pral.

Sumario del número de Septiembre 1915:

INSTITUTO RUBIO.—*Jueves clínicos.*—ARTÍCULOS ORIGINALES.—*Sobre el tratamiento de las hemoptias*, por el Dr. M. Gil y Casares.—*Necesidad de la creación de centros puericultores en España, desde el punto de vista de la puericultura intrauterina*, por el Dr. Martínez Corcedo.—*Las disociaciones de la retención biliar*, por el Dr. Fernando Sastre Lozano.—*El tratamiento alimenticio de la litiasis biliar*, por el Dr. Santiago Carro.—*La reforma de la peritación médico-judicial en Bélgica*, por el profesor O. Corin (de Liéja): Traducción de M. Hernández Rodríguez (continuación).—**NOTAS CLÍNICAS.**—*Gastrostomía por cáncer del antro pilórico*, por el Dr. Blocker.—*Dos casos de fractura del cuello quirúrgico de la escápula*, por el doctor Riosalido.—**REVISTA DE ESPECIALIDADES.**—*Anestesia*, por el Dr. Eduardo Pina. *Aparato digestivo*, por el Lic. J. Luis Yagüe.—*Cirugía general*, por el Dr. Juan A. Gutiérrez.—*Corazón y vasos*, por el Dr. A. Muñoz.—*Huesos y articulaciones*, por el Dr. Riosalido.—*Neurología y psiquiatría*, por el Dr. E. Gómez Merino.—*Pediatría*, por el Dr. Carlos S. de los Terreros.—*Prensa americana*, por el Dr. José M.ª Parrilla.—*Proctología*, por el Dr. Amo y Menéndez.—*Tisiología*, por el Dr. García Triviño.—**ETIOLOGÍA.**—*por los Dres. J. Morales Lahoz y E. Gómez Merino*—**SOCIIDAD GINECOLÓGICA ESPAÑOLA:** Simón necrológica, celebrada en honor del doctor D. Eugenio Gutiérrez (conclusión).—**INFORMACIÓN DE SOCIEDADES CIENTÍFICAS:** Academia Médico-Quirúrgica Española, por M. Crespo.—**Sección especial de publicaciones.**

Anales del Instituto Rubio: Conferencias dadas durante el curso de 1914 á 15 (pliegos 2.º y 10.º).

Precios de suscripción: 20 pesetas en la Península Ibérica, y 25 en el Extranjero, abonadas por anualidades, semestres ó trimestres adelantados.